

LOS EXTREMEÑOS EN AMÉRICA

II



UES ahora, sin adelgazar el discurso demasiado ni inclinarlo hacia la tierra extremeña con afición excesiva, cabe demostrar por modo verosímil cuánto en sus mujeres pudo el ejemplo de Doña Isabel, como esposa, como madre y como gobernadora de su estado y casa, por haberlo tenido tan próximo y visible en aquel tiempo crítico en que los conquistadores de América se engendraban ó crecían. Prototipo de esos que subyugan á la imaginación y predisponen á la naturaleza femenina á las concepcio-

nes singulares de que están llenas las historias, nunca se ha podido ver tan claro el efecto de la voluntad humana en la reproducción de la especie, que el médico Huarte pretendió reducir á fórmulas. Aun declarándolo contrario hasta cierto punto á los principios racionales de la génesis, admiten algunos fisiólogos en la mujer casada un estado anormal, que hoy hablando al uso podríamos decir obsesión ó hipnotización inconsciente, por cuya virtud el engendro que en sus entrañas lleva adquiere en todo ó en parte condiciones análogas al objeto ó á la idea que ha producido en su sér aquella sobreexcitación físico-moral, adquiriendo así al propio tiempo algún carácter científico los que el vulgo llama antojos y concepciones fenomenales. Más inflexible rigidez guar-

dan las leyes del reino vegetal, y á veces la planta se apasiona por tal modo de otra planta vecina, que llega á perder sus propios colores y perfumes para tomar aquellos que está continuamente contemplando. ¿Quién sabe si el sentimiento y la imaginación, tan vivos y poderosos en la mujer, no hacen en tales casos el oficio que la luz en el cristal preparado para la fotografía? De india montés aceitunada, casi negra, hemos visto nosotros en un bosque próximo á Manila un hijo albino, que diz era perfecto retrato de cierta muñeca francesa que había estado expuesta en los escaparates de la Escolta, y parece que este ejemplar no fué único entre las indias por aquellas lunas.

Latente estaba además entre las españolas la previsora reacción que el principio cristiano había hecho contra las tendencias paganas del Renacimiento, acudiendo á reforzar la clave del edificio social en la familia con la dignificación de la mujer, sublimándola en la misma proporción en que Bocaccio y los librepensadores de la época la rebajaban; movimiento que produjo aquella hermosa literatura de los Cartagenas, los Rodríguez de la Cámara, los PP. Córdoba y Orozco, los Alvaros de Luna, literatura que bibliográficamente puede sintetizarse con un solo título, *Claras é ilustres mujeres*, y cuyo resumen estético hizo un padre anónimo dirigiéndolo á sus hijas con el caprichoso y singular de *Castigos é doctrinas*, donde ya el espíritu caballeresco cede más al cristiano, anunciando la hermosa flor que iba á coronar aquella planta un siglo después con *La perfecta casada*.

Pues aconteció justamente, por ventura, que de todas las virtudes y prendas sublimadas en los libros ofreciera Doña Isabel ejemplo á las mujeres extremeñas, visibles, como hemos dicho, y aun palpables, cuando vivió á par de ellas muchos años para su edificación y enseñanza. Pese al amor con que Lorenzo Galíndez de Carvajal trazara el itinerario de los Reyes Católicos, que después ha servido á los historiadores para puntualizar en ciertas fechas memorables lo que hacían y por dónde andaban, seguramente las jornadas de aquellos ilustres príncipes por la tierra extremeña no las apuntó el legista placentino con la exactitud y minuciosidad que otras, por lo mismo que él las miraría como quehaceres de casa, y suele ocurrir al que contempla un paisaje que los lejos y los horizontes le distraigan de las cercanías hasta hacérselas olvidar. Porque no puede dudarse que el monasterio de Guadalupe fué mansión frecuentísima de Doña Isabel hasta que la guerra de Granada llevó su ambulante corte á los campos andaluces, y aunque tampoco las historias impresas del gran monasterio geronimiano especifiquen bien estas devotas visitas, quizás por la misma causa que en Galíndez influyó, pruébalas palmariamente el extraordinario número de cédulas, pragmáticas, ordenanzas y reformas de todo linaje que llevan fecha de Guadalupe ó los cercanos pueblos extremeños, formándole así á la santa casa una historia legislativa que con ciudades muy principales puede sostener competencia. Demás de esto, el manuscrito de mayor autoridad que su librería conservaba, por haber sido su autor el Padre Ecija, contemporáneo de los Reyes Católicos y testigo presencial de lo que escribe, abunda de párrafos como el siguiente: «Fué esta casa muy visitada por los »Reyes Católicos al principio de su reinado, por la mucha devoción que tenían

»á Nuestra Señora...» Y más adelante: «Frecuentaron mucho á venir á este monasterio los Reyes Católicos... desde el principio de su reinado... y así tuvieron á esta Señora muy favorable en todas sus cosas, porque no començaron negocio que fuese arduo que no viniesen primero á encomendarse á esta Reyna de misericordia. Y así salieron de todos ellos con mucha honra y victoria... y así quisieron que *las infantas y príncipe D. Juan, sus hijos, se criassen y estuviessen algún tiempo en este monasterio*, siendo ospedero el muy Rdo. P. Fr. Juan de Siruela, que después fué Prior.»

La Virgen aparecida al rey Alfonso XI en el Salado era á la sazón la más popular de España, como que ejercía preferentemente su acción milagrosa para romper las cadenas de los cautivos, que abundaban tanto en poder de moros y piratas, y esta popularidad, reflejándose en Doña Isabel, le dió la necesaria para hacer frente á la guerra civil que en los primeros momentos amenazó su trono. Combatida por una parte de la nobleza, debía de buscar en el pueblo su apoyo, con tanta más razón cuanto que el pueblo era, como siempre, el elemento más sano de aquella sociedad, y sus necesidades y tendencias las más simpáticas á un corazón sediento del bien, como el suyo, y á un espíritu verdaderamente liberal. Personificaron, á mayor abundamiento, la guerra civil en Extremadura otras dos mujeres tan distintas de Doña Isabel, que por contraste moral debió de agigantarse su figura todo lo que en vida es permitido á los genios, que con el trato frecuente y la contemplación diaria se vulgarizan y amenguan.

Entera aún aquella Liga de rebeldes que había anulado á Enrique IV y envilecido la dignidad real, Liga formada por el arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo, hombre procaz é insolente hasta en sus pláticas con la Reina, indigno, por añadidura, de la corona sacerdotal, que era fanático, nigromante, alquimista, y vivió entregado en cuerpo y alma á un imbuidor astrólogo llamado Alarcón, de quien Fernando del Pulgar se burla grandemente en las notables cartas dirigidas al arzobispo, dadas á conocer por el Cura de Los Palacios; D. Gutierre de Carvajal, obispo de Coria, digno sufragáneo de Carrillo, que con sus extralimitaciones jurisdiccionales había obligado á ciertas ciudades extremeñas á formar liga contra él; D. Rodrigo Manrique, conde de Paredes, á quien han dado más fama que merecía los versos de Jorge Manrique, su hijo; el duque de Arévalo y á la par conde de Plasencia, señor de media Extremadura alta, desde Béjar hasta el Tajo; el de Alba y otros de menor cuantía, deudos y parientes de las grandes casas extremeñas, que se daban la mano con las de Andalucía y Castilla, donde la Liga andaba no menos pujante. Haciéndoles cabeza, si no por más sabio, por más revoltoso y malévolos, hallábase el marqués de Villena, D. Juan Pacheco, señor de Medellín y de uno de los más fértiles riñones de la tierra extremeña; y aquel permanente foco de guerra civil, á compás del soplo de los sucesos, arreciaba ó se amortecía.

Harto bien había comprendido la previsora Isabel que en Extremadura iba á encontrar terribles dificultades, no sólo por la vecindad portuguesa, propicia siempre

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA

á prestar ayuda y alientos á las revueltas de Castilla, sino también por ser allí muy poderosos los maestrzgos de Alcántara y Santiago, perpetuo semillero de rivalidad entre validos y cortesanos. Estaba por fuerza Villena apoderado de este último por haberse hecho elegir fraudulentamente, con aquiescencia de Enrique IV, para redondearse un buen estado extremeño, y éranle tan congénitas la intriga y la felonía, que al morir por este tiempo el infante D. Alonso, aconsejó á Doña Isabel que levantase bandera contra su hermano, aquel debilísimo rey que le había ayudado á ser maestre intruso de la más poderosa caballería. Sabido es que la prudente princesa rechazó tan ruin consejo, contentándose con ser jurada heredera del trono. Su casamiento con el príncipe D. Fernando de Aragón acabó de exasperar á Villena, echándole en brazos de los partidarios de la Beltraneja, que andaban ya en tratos para casarla con Don Alonso de Portugal, siendo también anuente el débil Rey Don Enrique, de quien obtuvo el magnate en pago consentimiento y ayuda para apoderarse de la fortaleza de Trujillo; pero no contaba con la Providencia, que cuando juntos iban á dar tan funesto golpe al partido isabelino en Extremadura, se lo dió á él de muerte en Santa Cruz de la Sierra por ministerio de una apostema en aquella garganta que se había tragado media Castilla. Demás de su jurisdicción sobre las villas y castillos de la orden de Santiago, tenía Pacheco jurisdicción y propiedad sobre Medellín, Barcarrota, Salvatierra, Salvaleón y otros pueblos de Extremadura más importantes á la sazón algunos de ellos que en la actualidad, con serlo mucho. Medellín, por ejemplo, que tanto nos interesa, según su historiador Solano de Figueroa, contaba más de 2.000 vecinos, y amén de un castillo famoso, como obra de romanos por moros y godos restaurada, tenía tres puertas bien defendidas: la de Guadamez, la de la Villa y la de Santiago.

Mas no quedó la hidra sin cabeza por la muerte del marqués, ni vacío, por desgracia, su cubil de Extremadura, que en Medellín se albergaba una mujer que por odiosa y odiada hizo á la princesa doblemente amada y doblemente amable. Doña Beatriz Pacheco, hija del marqués de Villena, había casado con Rodrigo Portocarrero, á quien hizo Enrique IV primer conde de Medellín, para cuyo título fundaron aquel cuantioso mayorazgo, cuyo término señorial se extendía desde las almenas del castillo á los pueblos de Valdetorres, Garveña, Mingabril, Don Benito, Don Llorente, el Villar y Rena y Miajadas. Mientras vivió Portocarrero se mantuvo la casa de Medellín en la lealtad quebradiza que por aquel tiempo se usaba, de suerte que el Rey Enrique pudo más de una vez hacer frente á las exigencias de la Liga con la ayuda del maestre de Alcántara Gómez de Cáceres y el conde Portocarrero, que le ponían en campaña mil jinetes cada uno; pero muerto éste, y con no largos intervalos Villena y el Monarca, la sangre revoltosa del marqués imperó en la condesa viuda sin otro contrapeso, quizás, que su propio hijo, niño que á su vez no debía desmentir la de los Portocarreros, pues antes parece de índole política que no familiar el pleito que su madre le puso, y para el cual exigió á Doña Isabel anticipada connivencia. La princesa insigne, que tanto se ocupaba ya en la reforma del Derecho y de los Tri-

bunales, y que tan hermosa prueba de su amor á la justicia iba á dar pocos años después, aceptando sin reserva las enormes capitulaciones que Colón le proponía, excepto la cuarta referente á los pleitos en materia mercantil, contestó secamente á la condesa «que oídas las partes se haría justicia»; y entonces, despechada la de Medellín, encerró á su hijo en el castillo con todo el aparato de prisionero y abrazó públicamente la causa de la Beltraneja. Traerla á Extremadura con ejército portugués y casarla en Plasencia con su tío D. Alonso, como lo ejecutaron, fué probablemente idea de aquella mujer revoltosa, cuya exasperación pinta muy á lo vivo la anécdota referida por el extremeño Zapata en sus *Misceláneas*. Parece que Doña Isabel hubo de decir que si la Pacheca no se enmendaba la enviaría á hilar, y ésta, jugando fieramente del vocablo, replicó que ella haría *rehilar* á la nueva reina de Castilla. (*Rehilar* en este caso equivale á saltar y deshacerse como cohete.)

El Cura de Los Palacios atribuye la primera frase al insolente arzobispo de Toledo, enderezándola á Doña Isabel; pero como de las cosas extremeñas escribió asaz confuso y con embrollada cronología, nosotros preferimos y seguimos á los historiadores locales, principalmente á Pedro Barrantes en sus *Ilustraciones de la casa de Niebla*, y Alonso Maldonado en su *Vida y hestoria de D. Alonso de Monroy*.

Mal conocían por cierto uno ú otra á Doña Isabel, que ella tenía previsto aquel golpe y vigorosamente organizado su partido en las ciudades, al cual se iban acosando los hombres de bien, los enemigos de revueltas y la mayor parte del clero. Las villas y aldeas, aunque incapaces de resistir las acometidas y jineteos de las taifas aventureras, también mostraban á la Reina su devoción, apoyando cuanto podían á la Santa Hermandad y á los elementos de resistencia y orden que iban lentamente creándose. La división de las ciudades en bandos, fruto natural de las guerras civiles, había sido á los Católicos Reyes de mucho auxilio, porque siempre alguno de ellos, por contrastar al otro bando, estaba propicio á seguir la bandera real, que por lo menos los libraba de caer en manos de tiranelos y caciques, para los cuales eran letra muerta fueros, privilegios y ciudadanas franquicias. Muy enamoradas siempre de lo realengo las ciudades de la alta Extremadura, que era en puridad lo liberal de aquella época, cuando no podían sostener en absoluto su independencia, imponíanse á los bandos por virtud de concordias y capitulaciones para agenciarse alguna especie de paz; y aun á los anteriores Reyes se habían impuesto cuando su debilidad los arrastraba á cederlas á algún magnate. Trujillo, por ejemplo, que antes de mediar aquel siglo se vió á pique de caer, ya en manos de D. Alvaro de Luna, ya en las del conde de Plasencia, hizo en 1441 pleito-homenaje al Rey por mano del maestre de Alcántara D. Gutierre Sotomayor, donde sus principales caballeros y jefes de Casa, cuyos apellidos había de inmortalizar un siglo después la conquista del Perú, juraron y proclamaron una, dos y tres veces «que esta cibdad es »cibdad, y tener previllegios... que sea siempre para la corona real... (por) ser cibdad honrada, é tener Alcázar fuerte, é cumple que sea siempre para el servicio del »dicho Señor Rey é de la corona real». Después de esto, cuando el marqués de Vi-

llena murió camino de la ciudad, estaban puestos ya en armas los buenos trujillanos para resistirle aunque el Rey le acompañase.

Tanto gravaba sus conciencias este compromiso tradicional, por decirlo así, que los amaños de la Liga y de la condesa de Medellín únicamente consiguieron, para debilitar á los Chaves, cabezas del bando isabelino, ahondar la división de los Monroyes, que no todos seguían al clavero de Alcántara, D. Alonso de Monroy, en sus pretensiones al maestrazgo, y producir el mismo efecto en los Carvajales, mal avenidos á su vez algunos con el obispo de Coria, D. Gutierre, jefe de la casa, por ser partidario de la Beltraneja, únicamente consiguieron, repetimos, la condesa y la Liga traer á algunos linajes á concordarse en documento jurídico y secreto, que « todos »

« juntamente e cada uno por si guardarán e mirarán *el servicio del rey ó de quien ho-viere causa e derecho e justo título...* que serán parientes é amigos *en todas las cosas que les convinieren* », sin perjuicio de los compromisos que los Monroyes tenían con el conde de Plasencia, y el arcediano de esta última ciudad (bando de los Carvajales) con « la »

« magnífica señora doña Beatriz » Pacheco, condesa de Medellín, « á quien tiene por señora e valedora e mayor parienta ». Habilidad fué esta asaz contraproducente y mal pensada, pues demostrando á las claras el propósito de la extremeña Liga de entregar el país al rey de Portugal, encendió á los patriotas, alentó á los tibios y acabó de aclarar los campos, que andaban harto confusos entre leales y traidores. Aprovechó Doña Isabel tan oportuna ocasión para meterse en Trujillo, no sin sangrienta resistencia, que costó la vida á los hijos de Luis de Chaves, mientras D. Fernando se apoderaba de Plasencia, merced á una sublevación de los Carvajales isa-



ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS
BIBLIOTECA

á D. Alonso de Cárdenas, maestre intruso de Santiago, que en la baja Extremadura, por sus linderos andaluces, sustentaba la guerra contra el conde de Feria y todo el poder de la Liga, á quien derrotó completamente sin batalla en Guadalcanal con un ardid que tanto como el ingenio del caudillo prueba la ayuda que el pueblo prestaba ya á la causa.

Andando, andando, como dice el castizo texto que citamos en nuestro primer artículo, desde Guadalupe, donde sus hijos se criaban, á las ciudades y pueblos donde hacía falta su presencia, con la vara de la justicia en una mano y la otra llena de mercedes para los buenos ó que demostraran quererlo ser de allí adelante, investigando, escudriñando y aun adivinando toda necesidad de reforma, que hasta en las costumbres y en los *vestires* las introdujo con tanta meditación y acierto, que no parecen entre los horrores de una guerra civil imaginadas, se había puesto Doña Isabel en contacto con todas las clases extremeñas, y las mujeres, allí por extremo perspicaces y observadoras, no debían de apartar un punto sus ojos de aquella majestuosa figura, que donde menos se lo cañaban como providencia de Dios se aparecía. Sus incesantes desvelos por restablecer el orden material y limpiar los campos de foragidos, más que en Castilla eran dignos de gratitud donde la agricultura no encontraba en los oficios ni en las industrias alivio alguno á sus males. Con la guerra, los campos se habían hecho montaraces; y de la ganadería se pintarán nuestros lectores la destrucción cuando les digamos que el monasterio de Guadalupe, tan respetado y querido, se vió en la necesidad de sacar sus ganados de la provincia, porque los capitanes de la condesa de Medellín y del maestre de Alcántara los salteaban con preferencia aun dentro de los cortijos, siendo como eran algunos hospitales para los peregrinos, hospederías casi todos. ¡Cuánto no padecerían los ganaderos y labradores particulares! Ya en otras partes hemos dicho de estas guerras civiles extremeñas cuanto cumple al punto incidental que ahora se trata.

Modesta, económica, laboriosa hasta el extremo de enseñar á coser á sus hijas por su propia mano, y aun cuéntase que más de una vez echó remiendos á las ropas matrimoniales, espléndida con los menesterosos, tierna y sensible con los afligidos, llana con señoril llaneza, afable sin menoscabo de la dignidad real, popular, en fin, por amor al pueblo, que no por halagarle, mostrábase la Católica Reina en lo político más inclinada al perdón que no al castigo, más amiga de paz que no de guerra, excepto en aquellos casos que justamente le ganaban los corazones, que era al tratarse de moros y judíos, para cuya mala semilla, en nuestro suelo tan arraigada, andaba imaginando una Inquisición ó manera de descuaje; procedimiento que justamente se ensayó en Guadalupe entre los aplausos de toda Extremadura, que todavía resuenan en la historia, aunque no se tenga la noticia, que nosotros auténtica tenemos, de la imparcialidad del incipiente Tribunal, que empezó su inquisición por los frailes del mismo monasterio, de los cuales fueron condenados no pocos por judaísmo.

El cuadro patriarcal de su vida íntima, á todos notoria como no podía menos de serlo en aquella época y con aquellos Reyes que por mañana y tarde oían en justicia

á sus vasallos, cuadro que principalmente se desarrollaba en un monasterio famoso adonde acudían los peregrinos á montón, debió de grabarse con buril de fuego en el corazón de las extremeñas, realzado por sendos cuadros bien distintos que las otras dos heroínas de la guerra civil les presentaban. De la hospedería de Guadalupe, mansión de las infantas y el príncipe D. Juan, apenas puede hoy formarse idea por las alteraciones que sufrió al construirse los palacios reales en los últimos días de la conquista de Granada; pero por muchas que antes, y por vía de ínterin, se hubieran hecho para albergar á tan ilustres huéspedes, como no perdió su nombre ni su destino de hospedería mientras la ocuparon, fácil es concebirla como un amasijo de habitaciones destartadas y modestas, do probablemente al lado de las personas reales y su servidumbre siguieron los peregrinos ocupando un lugar, que ni las reglas de la casa ni la bñdadosa Reina habían de negarles. A mayor abundamiento, lindaba la hospedería con la bodega y otras dependencias no menos frecuentadas del servicio. Y sin embargo, «como eran aquí muy continos—dice el P. Ecija—aquí les vinieron» muchos embajadores de Francia para hazer pazes, y de Aragon y Sicilia y Valencia, en como era muerto el Rey Don Juan de Aragon, su padre del rey Don Fernando, suplicándole fuesse á tomar la posesion de sus reynos». Ciertamente no en balde hemos llamado patriarcal aquella abigarrada reunión, que por verificarse en tan reducido espacio poco menos que de familia parecería, en que alternaban reyes, príncipes, obispos, embajadores, ministros, frailes, peregrinos, soldados, no faltando en alguna ocasión amas de cría tan famosas é ilustradas como aquella doña Juana Velázquez de la Torre, que dió el pecho al malogrado príncipe D. Juan, tan influyente por el amor que los Reyes le profesaban, que Colón y otros personajes de la época empeñaron con frecuencia su valimiento. A pesar de las distancias que el respeto establece entre las clases altas y bajas, como en vez de instituciones armadas que sostuvieran esta separación, según ahora sucede, la Reina amaba al pueblo profunda y sinceramente, no hay duda que en Guadalupe se vivió muchos años en familia, por lo menos hasta 1487 que se empezaron los palacios reales, concluidos en 1491. Añádase, por último, que los vecinos, ó sea la puebla de Guadalupe, sólo está separada del monasterio por una plaza ó atrio de extensión mediana, tela por consiguiente y campo donde nobles y plebeyos confluían.

No sólo, pues, las virtudes domésticas de la Reina estaban á la vista de todos, sino aquella parte de la política que ella, por decirlo así, se reservaba cuando acudía Don Fernando á las necesidades de la guerra, que eran por lo común las relacionadas con el estado social, y muy principalmente con el abastecimiento de las tropas, con procurar á los que conquistaban el reino de Granada vituallas y recursos; tarea donde sus dotes de actividad, economía y previsión fueron ejemplo á los administradores de soldados, clase ciertamente muy necesaria al pueblo, que iba á repartir los suyos por todo el orbe de la tierra. Quizás fué primer discípulo de esta gran escuela el famoso contador Alonso de Quintanilla, que tanta parte tuvo en el descubrimiento de América favoreciendo á Colón, y los que con menos bizzaría, aunque acaso

con más rectitud, diz pusieron en Italia tantos reparos á las cuentas del Gran Capitán.

Esta actividad fecunda, virtuosa y patriótica de doña Isabel contrastaba de un modo perceptible hasta para los ciegos de entendimiento, con la que estaban á dos pasos de ella desplegando las otras dos mujeres, que no merecen ser llamadas sus rivales, sino obstáculos livianos que á su camino le salieron. Aun siendo la Beltraneja una excelente señora, y así suelen los escritores del tiempo apellidarla, su origen vicioso, la mancha que arrojó sobre la memoria de su pobre padre, y últimamente su docilidad en prestarse á ser bandera de guerra civil, cobijando á los elementos más díscolos y antipáticos de Castilla y favoreciendo los intereses de Portugal, que nos era tan peligroso vecino, le enajenaron bien pronto las pocas voluntades que su desgracia y su niñez inspirar podían. Harto se lo pronosticó el cronista Pulgar á su marido el Rey Don Alonso en la carta que trae el Cura de Los Palacios, donde le recuerda que los portugueses «nunca bien se compadecieron con los castellanos», y que si el odio antiguo entre ellos se renovara, suya sería toda la culpa y responsabilidad. Antes que la batalla de Toro, dió pues al traste con las pretensiones de doña Juana en Extremadura, la traición de Plasencia, la boda allí celebrada con su tío el Rey portugués, ardid político tan torpe que sólo fué vana ceremonia, pues ni la edad de la desposada ni la carencia de bulas del Pontífice consintieron la consumación del matrimonio. Tampoco es para olvidado el inocente manifiesto que en Plasencia publicó sosteniendo que su padre Enrique IV no era impotente, como si la universal creencia afirmativa pudiera destruirse con un documento por aquel estilo, donde además se esquivaba tocar un punto no menos importante que la potencia del Rey, que era el adulterio de la reina con D. Beltrán de la Cueva. Torpeza, repetimos, é inoportunidad, que á los más desmemoriados recordaba que aquella misma Liga y aquella misma gente que ahora, por no haber accedido los Reyes Católicos á sus escandalosas pretensiones, favorecía á la Beltraneja, eran los que habían deshonorado á su padre y á su madre publicando y pregonando á todo viento la impotencia del uno con el adulterio de la otra. Lanzar tamaños objetos de escándalo al palenque de las opiniones y de la discusión de una sociedad que en aquellos momentos justamente pasaba de la devoción al fanatismo, no podía menos de afrentar á la hija, debilitar á la pretendiente y poner en la dama negrísimos colores. Al lado de ella, Doña Isabel, madura desde su juventud para el gobierno y para la vida, amantísima y respetuosísima con la memoria de sus padres, brillaba doblemente con múltiple corona de virtudes y actos gloriosos, simbolizando, además, por ventura, el engrandecimiento de Castilla, el término del período anárquico y el triunfo definitivo de los hombres buenos sobre los revoltosos y malsines; lo contrario de lo que la infeliz Beltraneja representaba.

Pues de la parte de la condesa de Medellín no le era á Doña Isabel menos favorable la comparación, que aquella rica hembra desatinada sólo para enardecer y envenenar las pasiones de sus parciales parecía acordarse de los encantos de su sexo. Zalamera y blanda con portugueses y aventureros, ya hemos visto la poca fuerza que el maternal amor en ella hacía, pues tuvo á su hijo cinco años preso en el castillo de

Medellín, convertida en plaza de guerra esta población, así como las de Mérida y Montánchez, que le habían entregado los caballeros de Santiago partidarios de la Liga, y toda la cuenca del Guadiana en teatro de rebatos, saqueos y robos, que se extendían, como también hemos visto, á Guadalupe, escandalizándo á las gentes timoratas. ¡Qué diferencia entre el cuadro patriarcal de la hospedería del monasterio y el del castillo de Medellín ó el del Conventual de Mérida, que así se llamaba la fortaleza de la Orden de Santiago!

Así, cuando el 24 de Febrero de 1479, á la orilla del antiguo lago de Proserpina, hoy Albuera emeritense, donde está la cruz de Carija, puesta entonces por los muertos de la batalla, quedó por los maestros Cárdenas y Monroy vencida la Liga extremeña, á pesar de la ayuda que con poderoso ejército portugués le prestaba D. García de Meneses, obispo de Évora, no fué crueldad de Doña Isabel, sino muy hábil y popularísima política, soltar á los prisioneros portugueses y degollar á los españoles; suerte que hubiera corrido la condesa y los principales corifeos de su bando al ser luego vencidos, tras tenacísimos cercos, en Medellín y Mérida, á no venir apresuradamente á Extremadura á concertar la paz la duquesa de Viseo, tía de Doña Isabel, muy respetada. Bernáldez asegura, aunque contradiciéndolo en la nota marginal que pone al párrafo, haber degollado el maestre de Santiago en Lobón á algunos de los portugueses que llevaba prisioneros, lo que justificaría el rápido viaje de la princesa de Portugal, si más cumplidamente no lo justificara el haberse retirado á Mérida el obispo Meneses huyendo á uña de caballo con la flor de sus derrotadas tropas, donde corría tanto peligro como después se vió, pues Mérida no era capaz de resistir largo cerco, una vez perdida batalla tan importante. Más largo lo resistió Medellín. Doña Isabel había dirigido estos sucesos desde Trujillo para dar ocasión á lo que de otros dice el mismo Bernáldez con su habitual sencillez y elocuencia: «que oviese muchas vueltas en los corazones de los hombres», y se le presentasen y rindiesen «los que esperaban á viva quien vence». Basta, en efecto, para aquilatar la transcendencia de la batalla de la Albuera, el recuerdo de los poderosos señores de vasallos que desde Ayamonte á Ciudad Rodrigo se vieron obligados á hacer á la Reina pleito-homenaje, que fueron la condesa de Medellín, el conde de Feria, el de la Puebla del Maestre, el de Plasencia, el marqués de Villanueva del Fresno, y los señores de la Higuera, Burguillos, Monroy, Orellana, Torre de Algaz (hoy Orgaz), Alconchel, Chel y otros varios. Por las faldas de Sierra Morena y por lo que se decía el Alto Maestrazgo, que eran las fortalezas y castillos de la Mancha, hasta Uclés, también quedó todo en paz y sometido á los Reyes Católicos. Harto lo necesitaban aquellas tierras, que no menos habían sufrido que los llanos guadianeses, pues así el duque de Medinasiona como el conde de Feria, llevaban en sus huestes «los más malos y más robadores hombres de toda Andalucía», fértil siempre en ellos.

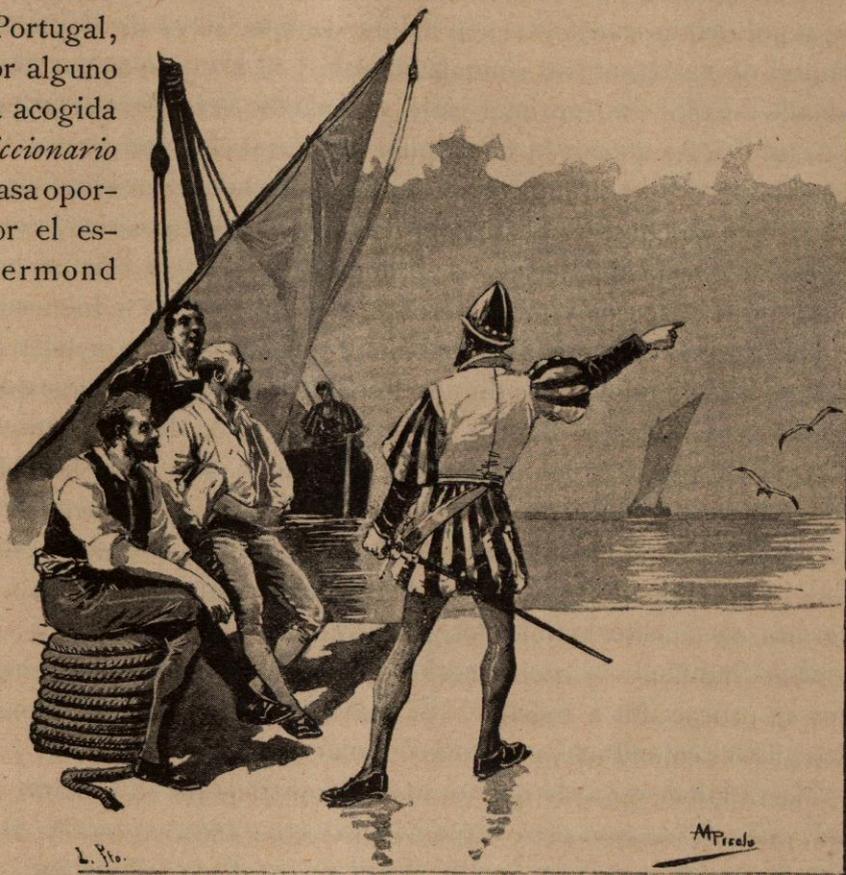
No por haber luego trasladado á este último país su actividad para la guerra de Granada puso Doña Isabel en olvido aquella tierra extremeña que había afirmado en sus sienas la corona; antes le pagó sus buenos servicios llevándose á pelear

contra los moros aquellos díscolos hijos-dalgo y aquellos aventureros impenitentes que con poner una lanza á la sombra de cualquier bandera, según dice Pedro Barrantes, contaban asegurado muy decente caudal. Ni tampoco Nuestra Señora de Guadalupe careció de sus devotas visitas, siendo la más notable que le hizo la de la primavera de 1492, para darle gracias por la conquista de Granada y ultimar los preparativos para el descubrimiento del Nuevo Mundo, ya capitulado con Cristóbal Colón en Santa Fe por Abril. Fíjense bien los lectores en la importancia de este suceso, digno florón y corona de los que van relatados, suceso que presenciaron las madres de algunos niños más ó menos imberbes, que se llamaban ya Cortés, Pizarro, Alvarado, Soto, Balboa, Orellana, Valdivia, Sánchez de Badajoz, Cieza, Silvestre, Porcallo, Paredes, Tovar, etc., etc. En Guadalupe á 20 de Junio de 1492 se expidieron aquellas dos eficacísimas cédulas ó provisiones donde se nombraba al continuo de la Casa Real, Juan de Peñalosa, para hacer cumplir en Palos de Moguer la de 30 de Abril, que había dispuesto el embargo y aparejo de tres carabelas, y «que se» constrañera á los maestros y gente de las naos que vayan con él (Cristóbal Colón) «adonde por los reyes le había sido mandado, pagando el sueldo que justamente por ellos é por la dicha compañía ovieren de haber el tiempo que en el servicio las tuvieren é devengaren». Sabido es que parte por miedo á tan peligrosa aventura, parte por el disfavor con que miraba el vulgo los proyectos del piloto genovés, parte, en fin, por la extranjería de éste y su pobreza, tan razonable ordenanza estaba siendo letra muerta para las mismas autoridades de Palos, á pesar de los esfuerzos y predicaciones de los frailes de la Rábida, grandes protectores del marino genovés. Otra cosa muy extraña conviene recordar aquí, no ajena á esta digresión, y es que aquel monasterio de los franciscanos de Huelva parece fundado sobre un antiguo templo de Proserpina, y allí tuvo su verdadero principio el descubrimiento del Nuevo Mundo, como á la orilla del lago de Proserpina, en Extremadura, se asentó y confirmó la corona de los Católicos Reyes, sin cuyo suceso ni Granada se hubiera quizás conquistado, ni hubiera sido Colón gran Almirante de las Indias.

El nombramiento, pues, de Peñalosa decidió la cuestión, y á tres buenos marinos del país llamados los Pinzones, así como á cierto piloto santónés, por nombre Juan de la Cosa, tan modesto como inteligente, que se hallaba á la sazón en Huelva negociando con un barco de su propiedad, los cuales se hicieron apóstoles del profeta de las tierras desconocidas, asociándose á la empresa con sus personas y probablemente con sus caudales. Si, como hemos visto en el Padre Écija, la hospedería de Guadalupe, en las estancias que allí hicieron los Reyes, hirvió de embajadores y magnates, ¡cuánto no menudearían ahora las embajadas y recados entre Guadalupe y Huelva, y los Reyes y Colón, á compás de las dificultades que la empresa iba encontrando y venciendo! ¡Qué impresiones se cambiarían, hablando al uso de hoy, entre los pueblos del camino y aquellos mensajeros, que ya habían podido oír por las calles de Palos y Moguer las predicaciones de Martín Alonso Pinzón, que gritaba á los marineros! :—«Amigos, ¿qué andáis acá misereando? Idos con nosotros esta jornada,

»que según fama habemos de fallar las casas con las tejas de oro, é todos vernéis
»ricos é de buena ventura.»

Ni sería temerario suponer al mismo Colón relacionado en los pueblos extremeños por donde había hecho tránsito en sus viajes á Portugal, aunque no se dé valor alguno á la estupenda noticia acogida por Madoz en su *Diccionario* y ahora mismo con escasa oportunidad resucitada por el escritor francés Mr. Germond de Lavigne, en su opúsculo *Cristophe Colomb et la Rabida*, según la cual, la familia del gran Almirante había residido en nuestra extremeña Plasencia hasta casi mediado el siglo xv, produciendo notables *almirantes (sic)* para la marina... Todo ello estupendo, todo grosero error padecido



por una confusión no menos grosera de nuestra ciudad extremeña con la italiana del mismo nombre. Mala mano tuvo Madoz para buscar en Extremadura corresponsales; pero éste se los dejó atrás á todos, con mengua de la ciudad que ha tenido historiadores tan noticiosos y concienzudos como Fray Alonso Fernández, pues lo que hizo, á mi ver con afán de novelería, fué introducir por las anchas tragaderas del *Diccionario geográfico* á un poeta italiano mal traducido, Juan B. Marinoni, el cual en su poema *Christophoro Colombo*, impreso en Viterbo en 1583, escribió:

*Cui mecum patria est generose Colombe
cujus avos olim præclara Placentia missit
antiquæ florent et ubi vestigia prolis.*

Pero aunque no estuviese Colón relacionado en Extremadura, la notoriedad que adquirió su proyecto desde que el patrocinio de Doña Isabel le dió, por decirlo así, carácter oficial y la popularidad de cuanto se relacionaba con aquella mujer insigne, sobrecitaron sin duda el espíritu del país, produciendo como una explosión de ideas,

de pasiones, de anhelos y esperanzas patrióticas, á manera de vida nueva, nacional, pública y gloriosa, que se desarrollase por epílogo de un período de tristezas, de lucha, de concentración, cuya pavorosa obscuridad había iluminado la Reina con sus altos ejemplos y sus fecundas enseñanzas. Sólo así puede explicarse en el orden moral y político la transformación súbita de una tierra de labradores y guerrilleros en plantel de navegantes y conquistadores, y el hecho más extraño aún de haber acompañado á Colón en su primer viaje, cuando los verdaderos marinos iban casi por fuerza y hasta llegó á pensarse en tripular las carabelas con presos de las cárceles, nada menos que ocho extremeños que probablemente veían el mar por primera vez. Cier- to, si bien se considera este solo dato numérico y positivo, tiene á toda luz una sig- nificación excepcional. Entre 120 hombres cazados á trampa hubo ocho voluntarios, y no todos oscuros y menesterosos, sino de alcurnia y bienestar como Tordoya.

Las madres extremeñas se habían propuesto sin duda ayudar á su Reina insigne, co- mo podían, criándole hijos dignos de ella y de la gran nación que estaba ella á su vez criando á sus pechos. Para la segunda expedición del Almirante, en 1493, ya fué pre- ciso tasar y regatear los puestos, aun pasando de 1.000 hombres, entre los cuáles, no es dudoso contar por extremeños un gran número; pues por los escasos datos que de sus nombres quedan, ha de serle permitido al que esto escribe, recordar los de Garci Fernández Barrantes y su hermano Esteban, tan leal á Colón el primero como garantizan muchos historiadores, entre ellos el P. Las Casas, que personalmente le conoció, juntamente con el hecho de haberle D. Cristóbal enviado tiempo adelante por su procurador á España. ¡Si una sola familia dió este contingente á la segunda expedición colombina, cuánto no darían otras!

Hasta las desgracias que en los últimos años de su reinado affligieron á Doña Isa- bel, pues desde que puso término á su obra reformadora y al engrandecimiento de Castilla no dejó de ver un sólo día el rostro de la tribulación, que parece destino de los bienhechores de la humanidad, acabar con pasión dolorosa su carrera, como la acabó el mayor de todos, á pesar de su divino origen; hasta aquellas desgracias, poniendo en sus sienes el último laurel que le faltaba, el del dolor poético é inme- recido, debieron de aumentar su influencia genesiaca sobre las mujeres, por lo extra- ordinarias, por lo imprevistas, y por venirle de aquellos hijos á quien llamaba *mis ángeles* cuando los criaba en Guadalupe, tan solícita de que mereciesen este nom- bre en la tierra y en el cielo. En Salamanca, que á par con el título de Atenas es- pañola, podía entonces engalanarse con el de corte intelectual de Extremadura, pues no la había Sevilla destronado aún con sus flotas indianas, murió inesperadamente el príncipe D. Juan, recién casado con una princesa austriaca, que no tardó en malograr también al heredero de la corona, que ofrecían póstumo sus entrañas; análoga suerte tuvo la princesa Doña Isabel, casada con el heredero de Portugal, y acaso más triste aún esperaba á Doña Catalina, que casada con Arturo de Inglaterra sólo seis meses, repitió el matrimonio con su hermano, aquel Enrique VIII de funesta memoria para el catolicismo, y para su ilustre consorte verdugo miserable, odioso y villano. Pero

el cuchillo de dolor que más traspasó á Doña Isabel fué la princesa Doña Juana, quizás su hija más querida y mimada por parecerse á su abuela, y llevar su propio nombre, la cual casada con Felipe el Hermoso, desde el primer día estaba demostrando cuán difícil liga era la de los galanes del Norte, descorteses, egoístas, mujeriegos y fríos ó cosa peor en sentimientos y creencias, con las apasionadas mujeres españolas, máxime las nacidas sobre un trono donde toda virtud, toda devoción y todo respeto eran tradicionales, mayormente la devoción y el respeto á los maridos. Aquella locura de amor de tan dramáticos y terribles accidentes, que la ambición de D. Felipe hacía públicos y tal vez escandalosos, produciendo á Doña Isabel la enfermedad que había de llevarla al sepulcro, ¡qué resonancia debió tener en los pueblos extremeños, adoradores de la madre y de la hija, por haberlas visto mil veces cruzar por sus campos como el lucero del alba en el carro de la aurora!

Y sin embargo, eran tan vivos en aquella mujer incomparable el amor á Castilla y el sentimiento del deber, que ni los dolores del cuerpo ni los más profundos del alma, le impedían continuar sus reformas interiores, ni emprender la organización de la primera colonia de Ultramar, donde Colón, como gobernante, obscurecía sus glorias de marino con tan lamentable extremo, que había sido forzoso enviarle por juez pesquisidor al comendador Bobadilla, que empeoró las cosas de la Isabela despojando al Almirante de cuanto tenía, y enviándole á España preso.

Para poner remedio á mal tan grave, preparóse en Sevilla en el segundo año del siglo XVI la expedición más lucida y numerosa que hasta entonces había cruzado el Atlántico, donde iba á reemplazar á Bobadilla un comendador de Alcántara, por la misma Reina elegido en aquel plantel de varones ilustres, que habían formado la cámara del príncipe D. Juan. Llamábase Frey Nicolás de Ovando, era natural de Brozas y pariente y deudo de muy principales familias extremeñas, como los Paredes, Loaisas, Orellanas y Pizarros de Trujillo; los Barrantes de Alcántara y Brozas, y otras varias. Garci Fernández, el amigo y procurador de D. Cristóbal, que á la sazón se hallaba en la corte defendiendo la perdida causa de éste, parece que influyó mucho en el nombramiento del comendador, sin duda para cicatrizar las llagas que había envenenado Bobadilla. Al amor de Ovando se embarcó la flor de la juventud extremeña que tanta gloria iba á dar á ambos mundos, salvo los que ya lo habían hecho en las expediciones de Alonso de Ojeda y el notario de Triana Rodrigo de Bastidas, de quien debe hacerse especial mención, por haber llevado entre otros extremeños á Vasco Núñez de Balboa. A despachar y despedir esta de 1502, muy más lucida, fueron los Reyes en persona á Sevilla, y las instrucciones que á Frey Nicolás le dieron, modelo de previsión y sabiduría, echaban ya los cimientos de la ponderada legislación de Indias.

Terminada poco después la obra de aquellos «enjos é cochillos de dolor», como llama el Cura de Los Palacios á las amarguras de madre que mataron á la Reina Católica, acrecentadas quizás también por las complicaciones de la gobernación indiana en que tanta parte y tan amoroso interés ponía, según acreditó su testamento, precipitáronse los sucesos de modo, que en varias ocasiones afectó á Extremadura directa-

mente, sacándola del ensimismamiento en que la tenía sumida su peregrina labor de producir grandes conquistadores y grandes soldados para el Nuevo Mundo. Social, político y religioso este movimiento interno, producido ya por causas y elementos en sus propias entrañas engendrados, ni aun esbozarlo á la ligera cabe ahora en nuestro propósito ni en los límites de este estudio, habiendo de limitarnos á compararlo para que mejor lo perciban los lectores, á aquella situación psicológica tan absurda é indefinible en que se hallaba la Reina Doña Juana, después de muerto Felipe el Hermoso, en 1506, cuando entre grandes arrebatos de tierna locura, mengua más de una vez de sus creencias religiosas y aun de sus sentimientos de madre, ofrecía en el gobierno vislumbres no menores de razón serena y poderosa, que salvó á Castilla de muchos peligros, entre ellos los flamencos que D. Felipe había traído consigo, y que no tuvieron tiempo para demostrar si eran peores que los que iba á traer poco después su hijo Carlos. Análoga conducta observó con los Comuneros, que se apoderaron de ella sin conseguir resultado alguno. Tampoco ha de olvidarse el alto sentido político que demostró, inverosímil en el extravío de su mente, sometándose á su padre el Rey Católico en los asuntos de gobierno, que en circunstancias tan delicadas fué maravilla verdaderamente providencial. No lo eran menos las de Extremadura, donde el hambre del oro, que el poeta latino llamó sagrada, estaba produciendo hambre de pan, despoblación y ruina, tristes realidades que hacían contrapeso á las alegres esperanzas. Ello es, que el Nuevo Mundo se estaba llevando de Extremadura, no ya la juventud más florida, sino familias enteras que cerraban sus casas quizás para siempre, mientras los primeros indios que volvían de allá fundaban otras más aparatosas que ricas por regla general, donde no tenían ya el trabajo de los campos ni las virtudes sociales, el altar que los antiguos hogares les dedicaban. Fué un período de vértigo, con grandes relámpagos de razón serena. La Reina y el país corrían á la pareja, como en tiempos de Doña Isabel. Afortunadamente, no eran los peores extremeños los que volvían, sino los que se quedaban debajo de aquella tierra, devorados por el clima y por sus malas pasiones al contacto de las razas salvajes empeoradas.

Algo mejor sobrellevaba la Reina loca su viudez que el bueno de su padre, pues cuando la hablaban de nuevas nupcias, respondía invariablemente: «No tan aina, no tan aina», mientras que Don Fernando, desalentado quizá por las amarguras que le había hecho sufrir su yerno Felipe el Hermoso, ó quizá por las que barruntaba de su nieto Carlos V, vaciado en el mismo troquel austriaco, calientes aún las cenizas de Doña Isabel, puso ya los ojos para reemplazarla en aquella misma doña Juana la Beltraneja, que había sido bandera de la guerra civil, y refrescaba por ende en Extremadura muy tristes recuerdos y muy cancerosas llagas, por el carácter jactancioso de los portugueses, que iban sin duda á considerar aquella boda como un desquite moral de la batalla de Mérida.

Algunos «pensaron que ya era la consumacion del mundo, e que era vuelto el tiempo del rey Don Enrique... que el que mas podia mas tomava, e cada uno era rey

»de su tierra», pintura fiel hecha por Bernáldez, y que perfectamente se concibe dada la coexistencia de una Reina loca y de un anciano achacoso, cuya autoridad y prestigio menguaban por momentos, ya por los propios errores, ya á impulsos de los representantes flamencos, que D. Carlos, el heredero del trono, iba enviando á Castilla.

Afortunadamente, restos de su antiguo buen juicio y la conveniencia política hicieron torcer rumbo á Don Fernando, que casó al fin, tras dos solos años de viudedad, con una princesa de Francia, que, en efecto, le traía mayores ventajas, por mejorar sus cosas de Italia y Nápoles, en que el Rey francés tomaba la parte que es sabido. Este matrimonio, como era de temer, le apresuró la muerte, pues puso tanto empeño en tener sucesión de Germana de Foix, que malbarató la poca naturaleza que le quedaba, y habiéndole recetado el cazar por medicina, anduvo por Extremadura frecuentemente, donde le sorprendió su fin camino de Guadalupe, en el lugar que llaman Madrigalejo. Momento harto crítico para Castilla, aunque los últimos del Rey Católico fueron, por fortuna, dignos del gran período que tan melancólicamente concluía, pues, rodeado de magnates, que de todos los puntos acudían á Madrigalejo, y que eran, en su mayoría, de aquellos que acaba de pintarnos el Cura de Los Palacios, añadiendo que «echaban la piedra y escondían la mano», tuvo todavía grandeza de ánimo bastante para ahogar resentimientos, más ó menos fundados, que abrigaba contra el arzobispo de Toledo, Fr. Francisco Jiménez de Cisneros, y designarle como Regente del Reino, por ser único y solo hombre capaz de inspirar algún respeto á la Reina loca, y sobre todo para contrarrestar la influencia de los extranjeros y del mañoso cardenal Adriano, su consocio en la regencia, nombrado por el hijo de Don Felipe y Doña Juana. Mas he aquí que cuando tan fatigosamente vogaba la nave del Estado por mares más tenebrosos que los que afrontó Colón, la venida á España de aquel príncipe, rodeado de consejeros, que, como aves de rapiña, caían sobre el país, produce la muerte del cardenal Cisneros, y una tremenda convulsión política, que reanuda en la región extremeña el poético y elocuente *sursum corda*, que desde muchos años atrás estaba oyendo. El levantamiento de los Comuneros, tan simpático á las ciudades, y más aún á las que acababan de ser salvadas de la guerra civil por sus fueros y franquezas, pecaba de inoportuno y aun de suicida, por turbar el religioso recogimiento, que era á España tan necesario para ocuparse moral y materialmente en aquellos hijos y en aquellos grandes intereses que tenía en el Nuevo Mundo, asediados ya por la envidia de casi todas las naciones del viejo. ¡Cuál no hubiera sido el desaliento de Hernán Cortés, de Francisco Pizarro y de Hernando de Soto, que ya traían entre manos sus altas empresas, con la noticia de que su patria ardía en guerra civil, y quizás sin rey, patria ni familia, no les quedaba á quién volver los ojos!...

De aquí que Extremadura ahogase con sus propios brazos y con mayor energía que otras provincias el movimiento comunero, que no dejó de apuntar vigoroso en varias de sus ciudades. Patriotismo fué, sin duda, quizá doloroso para ella; pero vivía, como hemos dicho, reconcentrada en sí misma, con aquel santo recogimiento de la madre que ve á sus hijos todos empeñados en larga, difícil y mortal empresa. Cuando Pe-

dro Mártir, según escribió al historiador italiano Pomponio Leti, *saltaba de alegría y lloraba de júbilo* al recibir nueva tras nueva, á cuál más maravillosa, de los descubridores y conquistadores, calcúlese la situación de la que había dado el sér á los principales de ellos y de súbito se encontraba madre de tantos héroes donde tenía fijas el mundo sus miradas. En Brozas, de regreso ya, había muerto Nicolás de Ovando haciéndose lenguas del valor de Vasco Porcallo y de algunos de los cacereños que había llevado á la Española; por Badajoz excitaba el entusiasmo de las gentes un aventurero obscuro, que, habiéndose embarcado en 1500 con Bastidas, y huído luego de la Española en un tonel para pasar al Darien, en pocos años había ascendido de caudillo de revoltosos á gobernante de primer orden, y había atravesado los Andes y descubierto nada menos que el mar del Sur, atreviéndose á escribírselo al Rey desde Santa María de la Antigua, ciudad por él fundada y floreciente, á 21 de Enero de 1513; y por Trujillo agigantábase la figura de un Francisco Pizarro, que firmaba el acta del descubrimiento del Pacífico, enviada por Núñez de Balboa, imaginando pocos días después la temeraria empresa de meterse por sus abruptas orillas á descubrir el más rico y grande de los territorios americanos, el del Perú; y, porque ningún matiz faltase en tan valiente cuadro, uno de los Carvajales de Plasencia, D. Bernardino, cardenal de la Iglesia romana, con título de Santa Cruz, había puesto en aprieto al Sumo Pontífice, levantando, so color más político que religioso, una manera de cisma contra Julio II, que fué secundado por príncipes de la Iglesia, y aun por soberanos de la cristiandad, entendiéndose generalmente que al primer cónclave sería alzado el cardenal placentino á la Silla de San Pedro... Y de todo esto, y mucho más que aquí no cabe, estaban llenas las casas y familias de Extremadura, por mensajeros, por cartas y relaciones estupendas, algunas ya *emprimidas en molde*, y acompañadas tal vez de barras de oro y preseas nunca vistas ni imaginadas, como las que empezaban á abundar en la casa de cierto hidalgo de Medellín, más respetable por sus canas que por sus riquezas, el cual, en compañía de extraños mensajeros, directamente de las *longíncuas tierras* venidos, regresaba en aquellos momentos de la corte á esperar la conclusión de la guerra comunera, pues ella le había impedido entablar ciertas protestas y reclamaciones contra el ex obispo de Badajoz, Fonseca, encargado de los negocios de Indias, en nombre de un hijo que allá el hidalgo tenía, llamado Hernando, que diz andaba en trances de descubrir y conquistar una Nueva España, y el obispo se lo dificultaba, como diz había hecho con el gran Almirante D. Cristóbal. Por cierto que si prosperó un tanto á última hora aquel negocio de las recusaciones, fué por haberlo acogido bajo su protección el cardenal Adriano, en los momentos que salía de España por haber sido elegido Sumo Pontífice, en reemplazo del magnífico León X, de la extirpe de los Médicis florentinos.

La fiebre dementadora, que á la madre Extremadura devoraba, era sólo pálido reflejo de la que allende el Mar tenebroso, iluminado ya por Colón, devoraba á aquellos hijos, que, según vamos á ver, la habían dejado sin sangre, como el pelícano de la fábula, para remontarse ellos á las cumbres de la gloria.

V. BARRANTES